

EL MERCURIO
DOMINGO

SALENTO EN AUTO POR EL "TACO" DE ITALIA

**Panoramas más allá
de la pesca, a la sombra
del volcán Melimoyu**

EL AMAZONAS MÁS CERCANO

En Tambopata, Perú, nuevos lodges permiten combinar lo salvaje y la comodidad

© 2011 by John Wiley & Sons, Inc. All rights reserved. This publication is intended to provide accurate and authoritative information in regard to the subject matter covered. It is sold with the understanding that the publisher is not engaged in rendering professional service. If professional advice or other expert assistance is required, the services of a competent professional person should be sought.

TAMBOPATA, PERÚ EL AMAZONAS MÁS CERCA

A orillas del río Madre de Dios, en el sureste de Perú, la Reserva Nacional Tambopata es una de las áreas de biodiversidad más valiosas del planeta. Hábitat de anacondas, hormigas gigantes y hasta de árboles que caminan, aquí cualquiera puede adentrarse en la salvaje selva amazónica sin arriesgar demasiado, gracias a una serie de lodges que se han desarrollado en los últimos años. ¿Hay bichos? Sí. ¿Hay mosquitos? Miles. ¿Hace un calor del demonio? Uf. Aún así, no se necesita ser un aventurero para venir y disfrutarlo.

POR Sebastián Montalva Wainer, DESDE PERÚ.



En el Amazonas el silencio no existe. A las cinco de la mañana despiertas con los primeros rayos del sol y el chirrido agudo de los grillos que sonaba cuando te acostaste sigue tal cual: como un mantra incesante. Claro que hay más. Ahora no solo se escuchan insectos, ranas o aves: al alba también se escucha un largo y extenso rugido, como si fuera un jaguar hambriento a pocos metros de la cabaña. Es el rugido de un mono aullador —o quizás de dos, tres o cuatro de ellos—, una de las miles de especies que habitan en los alrededores de la Reserva Nacional Tambopata, en el sureste de Perú, a orillas

del enorme y serpenteante río Madre de Dios.

Más tarde, cuando sales de tu cabaña, después de darte un baño de repelente y ponerte otra vez los mismos pantalones color caqui y la imprescindible camiseta manga larga para evitar el sol y las picadas, la selva todavía sigue rugiendo. Pero ahora es el sonido del motor de una lancha de madera que remonta el río Madre de Dios a toda velocidad, y que te deja en un punto llamado Quebrada Gamitana, donde por un momento la selva parece haber sido domada. Aquí hay gente trabajando en una chacra de cultivo, con plátanos, gallinas, cacao y otras frutas tropicales. Hay también un “muestreo” de especies emblemáticas de flora amazónica: entre otras, un árbol de caoba —madera preciosa; le dicen el “oro rojo” y su tala está prohibida—, una plantación de heliconias —cuyas exóticas hojas rojas y amarillas se ven como llamaradas o pezuñas—, un gigantesco chiguagaco o *iron wood* —el llamado “árbol de hierro”, por su durísima madera milenaria—, y hasta un tipo de palmera que camina. Así, tal cual: la *Seoates exhorrida* es una palmera típica

de la selva tropical que alcanza 25 metros de altura y que tiene raíces aéreas, las que crecen hacia zonas donde hay más luz, lo que hace que el tronco se desplace lentamente: hasta un metro cada año.

Y entonces comienzas a caminar entre los árboles de esta selva y todo comienza a parecer cotidiano. El calor, la humedad, los mosquitos, los saltamontes y hormigas del porte de tus dedos, el rugido de los monos aulladores, la verde exuberancia de las plantas. Finalmente te has adentrado en la selva más grande y misteriosa del planeta y, casi sin darte cuenta, ya estás empezando a disfrutarlo.

La Reserva Tambopata es un área protegida de 274 mil hectáreas, ubicada 45 kilómetros al sur de la ciudad de Puerto Maldonado, que las guías destacan por “su incalculable riqueza en biodiversidad”: aquí se han contabilizado 632 especies de aves, 1.200 de mariposas, 169 de mamíferos, 103 de anfibios y 67 de reptiles, sin incluir otros insectos o plantas.

Solo accesible por lancha, Tambopata es una de las tres zonas

más importantes de conservación de la región de Madre de Dios, en el sureste del Perú, junto con el Manu, que está más cerca de Cusco, y el Parque Nacional Bahuaja-Sonene, que está un poco más hacia el sur. Un sitio que fue habitado por tribus amazónicas —como los *ese'ejá*— mucho antes de que los incas establecieran aquí una parte de su imperio. Que luego fue descubierto por los españoles —quienes venían en busca de la mítica ciudad de El Dorado— y que más tarde, hacia mediados del siglo XIX, tuvo su auge en torno a la industria del caucho. De hecho, la ciudad más cercana se llama así, Puerto Maldonado, como un homenaje al coronel peruano Faustino Maldonado, quien en 1861 montó una expedición para recorrer el río Madre de Dios en busca de este producto y que, después de batallar con diferentes tribus y mapear todo el largo del río, se ahogó en las caídas y rápidos del río Madeira, principal afluente sur del Amazonas.

Por largo tiempo, esta fue una región aislada y de difícil acceso, lo que ha venido a simplificarse recién hace unos años, con la apertura de la Carretera



ESTRELLA. El lago Sandoval es uno de los hitos de la Reserva Tambopata, que en total protege 274 mil hectáreas de selva.



MUNDO ANIMAL. En el sentido del reloj: un incaón multicolor; gallina salvaje que aquí llaman "shancho"; una culebra ojo de gato; una hermosa bele; llamaca; así por el dolor que provoca su picada, 30 veces mayor al de una avispa y un mono ardilla.



VIAJE. Para llegar a los lodges hoy que navegar en estas lanchas por las barrosas aguas del gran río Madre de Dios.



REFUGIO. El exclusivo hotel Reserva Amazónica es uno de los pioneros de esta zona: existe desde 1975.



HELICONIAS. Estas coloridas plantas tropicales se usan como ornamento en los jardines de algunos hoteles de selva.

Interoceánica Brasil-Perú, cuyas obras principales terminaron en 2010. Esto redujo, por ejemplo, el traslado en bus desde Cusco: antes tomaba unas 30 horas venir por tierra hasta Puerto Maldonado; ahora se puede hacer en unas diez.

Actualmente toda esta zona vive de la actividad maderera, del cultivo de castañas y, principalmente, de la extracción de oro en las riberas del río Madre de Dios. Sin embargo, esto se hace de forma ilegal, pues se utilizan equipos hidráulicos, maquinaria pesada y mercurio para amalgamar el oro, químico que daña y contamina los bancos de los ríos.

Por lo mismo, el ecoturismo

ha emergido como una especie de salvación para toda esta zona. Los primeros lodges aparecieron a mediados de los años 70, misma época en que la comunidad indígena ese'cja del sector de Infierno, a orillas del río Tambopata —el otro gran río de esta región—, recibió de parte del Estado peruano el título de propiedad de una parte del territorio que hoy ocupa la reserva, que fue creada oficialmente recién en el año 2000.

Desde entonces, la zona de Tambopata se ha ido consolidando como el destino más organizado

dirigidas por guías locales, que permiten acercar el misterio y fascinación de la selva a gente común y corriente.

La cadena de hoteles peruana Inkaterma es uno de ellos. Cuenta con una concesión de 10 mil hectáreas en los alrededores de la reserva nacional, destinadas a la conservación, investigación, al trabajo con comunidades locales y al ecoturismo. Tiene tres lodges a orillas del río Madre de Dios: dos de lujo (Reserva Amazónica y Hacienda Concepción) y uno que abrió recién hace un año, llamado Field Station, enfocado a recibir científicos y estudiantes universitarios para sus trabajos de campo (*ver recuadro*). Son cabañas de madera con techo de paja en medio de la selva, muy bien diseñadas, con mallas y mosquiteros que impiden el paso de los bichos —aunque algunos entran igual—, comedores y áreas para clases e investigación. Un turista más aventurero y con menos presupuesto podría elegir quedarse en Field Station, para compartir con los científicos e incluso salir con ellos. Otros viajeros, más cómodos, optarán por los hoteles de lujo. El entorno, las excursiones y los animales serán los mismos.

“No esperes ver nada y la selva te va a premiar”, dice Frick Arguedas, administrador del Field Station, que lleva 14 años guiando turistas por el Amazonas. Es una húmeda tarde de noviembre, ha llovido a ratos todo el día y acabamos de llegar a Field Station con la ropa mojada, pero de sudor. Frick Arguedas nos está introduciendo al salvaje mundo de Tambopata. Nos dice, por ejemplo, que no se nos ocurra llevar comida a nuestras cabañas: atrae a los bichos. Que solo habrá luz eléctrica por las mañanas y en la noche, hasta las once. Que estaremos sin teléfono, aunque en Field Station sí hay internet (por razones científicas). Y que por más que los senderos estén marcados, no debemos nunca caminar solos ni, menos, salirnos de la huella: la selva puede ser realmente peligrosa. También nos insiste en que aquí la naturaleza manda.

—y más cómodo— para explorar el Amazonas peruano. Un territorio que, de cierto modo, ha sido “domesticado” para el turismo por los mismos hoteles (acá les llaman “albergues”; se estima que son alrededor de 40), a través de la creación de una serie de sencillos senderos de caminata, puentes colgantes y paseos en bote por el río, excursiones siempre



CAMINO A LA JUNGLA

La puerta de entrada a la **Reserva Nacional Tambopata** es Puerto Maldonado, ciudad en el sureste de Perú, muy cerca de la frontera con Bolivia. Hay vuelos regulares desde Lima (hora y media) o Cusco (30 minutos). También se llega por tierra desde Cusco por la Carretera Interoceánica (unas 10 horas en bus).

A los lodges o albergues de selva solo se llega en lancha, navegando el río Madre de Dios unos 45 minutos, dependiendo del sector. Entre los mejores alojamientos están los de la cadena **Inkaterra**, que tiene tres en la zona: **Reserva Amazónica** y **Hacienda Concepción** (opciones de lujo, con cocina gourmet y excursiones a la carta) y **Field Station**, que abrió hace un año y se orienta a científicos, estudiantes y viajeros interesados en estos temas, con precios más económicos. Todos operan con programas que incluyen pensión completa (sin bebidas), excursiones y traslados. Más información, www.inkaterra.com

OJO CON: De diciembre a febrero es época lluviosa en el Amazonas peruano en general, lo que podría dificultar algunas excursiones, pero hace que el precio de los hoteles baje. Como sea, hay que venir bien preparado. Imprescindible es traer pantalones y poleras manga larga, frescos y livianos, y repelente contra mosquitos. También son útiles las bandanas con filtro UV para protegerse del sol y cubrir frente y orejas de las picadas. Hidratarse es fundamental frente al calor y humedad, y los hoteles cuentan con agua embotellada para beber y rellenar. Para visitar esta zona no se requiere estar vacunado contra la fiebre amarilla ni tomar pastillas para la malaria.

OPCIÓN. El ecoturismo en Tambopata emerge como alternativa a la explotación maderera y la extracción de oro.

"No te puedo decir que vamos a ver monos o tucanes", dice Frick, mientras afuera se escucha el canto de varios pájaros a la vez. "Tampoco que veremos un jaguar: para eso necesitamos adentrarnos más en la Amazonía, acampar, esperar pacientemente. Pero cualquier cosa puede pasar. Esto es la jungla. Vamos a ver qué es lo que la naturaleza nos ofrece".

En Tambopata la naturaleza ofrece. Si vas a la laguna Sandoval, el gran hito natural de la reserva del mismo nombre, a la que se llega después de una caminata de hora y media por la selva, puedes ver y escuchar el particular gemido de las nutrias o lobos de río, que nadan curiosas entre las cañas. También puedes ver y escuchar al hoacín, una colorida gallina salvaje con un característico moño de plumas, que acá conocen como "shansho" y que emite un fuerte y particular sonido: como el de un perro jadeante. Y mientras el guía rema entre los aguajales —zonas pantanosas donde crece

una palmera llamada aguaje, y que es por donde se desplazan las anacondas—, puedes comprobar que las nubes negras van y vienen como las mariposas que vuelan entre las rosas, y que si una se pone justo sobre tu cabeza, no habrá impermeable que aguante: el aguacero será torrencial y fulminante.

Otro día, esta vez en los alrededores de la Hacienda Concepción —antigua granja productora de cacao y caucho, hoy reconvertida al turismo—, intentarás infructuosamente pescar pirañas en la pequeña cocha o laguna que está frente a la casona principal. "Infructuosamente", porque solo verás desaparecer la carnada: un trozo de carne de vacuno que estos peces devoran rápidamente. Pero luego la naturaleza te recompensará: volviendo al hotel, la aparición de una manada de monos ardilla saltando entre los árboles te devolverá la sonrisa.

Se hará de noche. Y antes de que estés sentado a la luz de las velas en el comedor, frente a un succulento trozo de paiche —el monstruoso pescado del Amazonas, que puede alcanzar 200 kilos de peso y medir 3 metros—, irás navegando junto a un grupo de turistas ingleses, españoles y chinos por la ribera del río Madre de Dios.

Y de pronto el guía iluminará con su linterna en dirección a unos caimanes blancos, y verás cómo brillan sus ojos con la luz justo antes de que sumerjan su cabeza en las turbias aguas del río. Y luego, solo unos minutos después, verás cómo dos capibaras —los roedores más grandes del mundo, el alimento favorito del jaguar— entierran sus patas en el barro de la orilla, antes de perderse entre los matorrales.

En tu última noche en el Amazonas, verás de cerca a una pequeña culebra ojo de gato colgando quieta sobre las hojas de unos arbustos, y a dos grandes tarántulas negras saliendo por un agujero en la tierra y escondiéndose en otro. Y entonces volverás a tu habitación con esas imágenes fijas en tu cabeza. Bajarás el mosquitero que cubre tu cama y cerrarás los ojos, rogando que nada caiga del techo ni se aparezca súbitamente cuando los abras.

Y así te irás quedando dormido lentamente, aunque nunca estés en silencio. El sonido de la selva seguirá allí, como un mantra. Los grillos, las ranas, los pájaros y unos inquietantes rugidos como de jaguar, demasiado cercanos, pero que a estas alturas, ya lo sabrás, son de los monos aulladores. **■**